

encantaba, sino que parte sin vacilar adonde lo llama el deber, á la remotísima Culiacán.

Señores Académicos: imaginaos aquel cisne que con su canto había atraído la atención de los más doctos varones de esta floreciente colonia; que había visto suspenso de sus labios á lo más florido de la aristocracia mejicana; que había saboreado las delicias de la sociedad más culta de España y de América; imaginadlo ahora «*en aquellas desiertas costas y abrasadas arenas, sin oír otro aliento que el bramido del mar; ó, cuando mucho, viendo coronarse el peinado risco de un monte con la temerosa imagen y espantosa figura de algún indio salvaje*» (1). En medio de aquel aislamiento permanece el desprendido sacerdote, sacrificándolo todo en aras de la abnegación cristiana, no un día ni un año, sino casi tres lustros. ¡Qué mucho que algunas de sus producciones hayan sacado esos defectos que, abultados por críticos malévolos, hacen muchas veces á inexpertos estudiantes juzgarlo con amarga injusticia! ¡Qué mucho que dejara correr su pluma trazando con asombrosa rapidez estancia tras estancia, hasta llegar á las cinco mil octavas de que consta el *Bernardo!* ¡Qué alientos podía tener para borrar y corregir, para limar y desechar, cuando podía suceder, como no ignoraba, que nadie

(1) Balbuena, *Siglo de Oro*, égloga sexta.

leyese lo que en tan remotas comarcas escribía? ¡Con razón soñaba en aquellas estériles playas con el verdor de las *Selvas de Erisfile*, y se forjaba un *Siglo de Oro*, en que pastores y zagalas formaban, por su sencillez y dulzura, agradable contraste con el rudo salvaje y el avaro colono!

Pero, señores, estos desahogos del vate desterrado de su centro, ¿debieron darse á luz cuando más tarde era el autor Abad de Jamaica, cuando sus sienes ya ceñían la distinguida mitra de Puerto Rico? ¿Corresponden en la forma y en el fondo al sublime carácter de que se viera revestido? ¿Llenó con ellos el alto deber de enseñar á las naciones, *docete omnes gentes*, que se le impusiera al entregarle el báculo pastoral? Permitidme que para dilucidar tan ardua cuestión tome por guía al sapientísimo Obispo de Cesarea, al Padre de la Iglesia San Basilio, no sin razón apellidado el Grande.

«Los Libros Santos, decía á los jóvenes de su diócesis, las lecturas piadosas, nos conducen á la vida eterna, revelándonos los misterios y enseñándonos las arcanas doctrinas que el Divino Espíritu dictara. Pero mientras que la edad no nos permite engolfarnos en la profundidad de sus máximas; mientras no es posible á nuestro entendimiento, aún no bastante cultivado, penetrar su sentido, es menester que

nos ejercitemos estudiando otros autores más fáciles, y cultivando nuestra mente con otros escritos: á la manera que el soldado, largos años antes de salir á la guerra, se ejercita en el manejo de las armas y lucha mil veces en simulados combates. La guerra en que hemos de luchar es la más terrible de las guerras, y á ella es forzoso prepararnos de antemano, y versarnos en los poetas, en los historiadores, en los retóricos y en todos aquellos autores que pueden ilustrar nuestro entendimiento: *poetis, historicis, rhetoribus, et hominibus omnibus utendum, unde utilitas aliqua ad animam curandam accessura sit.* ¿Quién duda que en el árbol buscamos el fruto ante todo, y que por él lo calificamos de bueno ó de malo? Pero ¡cuánta hermosura no le añade el follaje que se agita en derredor de los ramos y presta grata sombra en los ardores del estío! De igual manera, la verdad es el fruto principal del alma; pero ¡cuánta gracia no le añaden las hojas de la erudición y de la sabiduría! ¡Cuánto realce dan á la ciencia sagrada el follaje y la sombra que prestan los conocimientos profanos! *Animae primarius fructus est veritas ipsa, sed tamen haud ingratus est externae sapientiae amictus, tanquam si folia quaedam fructui et umbraculum et aspectum non inamaenum praebeant.* Moisés, sabio entre los sabios, ¿no llegó á la contemplación de *El que es*, gracias á la edu-

cación esmerada que recibió entre los egipcios? ¿No debió Daniel á su versación en la ciencia de los caldeos, el haber sido después tan docto en las letras sagradas (1)? Y ¿á qué debemos, podríamos añadir nosotros, esa galanura de lenguaje, esa elegancia, esa elocuencia que nos cautiva en el Crisóstomo y en el Magno Basilio, sino á su profundo y continuado estudio de Homero y de Demóstenes, de los poetas y de los historiadores de la Grecia? Si Agustín, antes de disputar con los maniqueos, no hubiera enseñado la Retórica; si Jerónimo, antes de ser tan ferviente cristiano, no hubiera sido *ciceroniano* (como creyó que lo llamaban en sueños), ¿serían tan persuasivos sus discursos, habrían llegado hasta nosotros sus obras, pasándose las ávidamente de mano en mano una y otra generación?

¡Ah! Con razón el Crisóstomo puso tanto cuidado en conservarnos las obras de los dramáticos antiguos, que eran su delicia (2). Con razón San Basilio escribió exprofeso para recomendar los libros de los gentiles, y dirigirnos en su estudio la preciosa homilía de que os he citado algunos trozos y cuya doctrina os estoy propinando. Grande mérito tiene quien cultiva

(1) S. Basilius, *De legendis libris Gentilium.*

(2) Las únicas comedias que nos restan de Aristófanes nos fueron conservadas por San Juan Crisóstomo.

el árbol cuando ya da fruto; pero mayor quizá lo adquiere el jardinero que se consagra á regarlo todavía tiernecito, y cuida que sus ramos y sus hojas y sus primeras flores broten y crezcan y se difundan de tal suerte que pueda después cargarse de sabrosísimas pomas.

Así es, señores, que si Tomás de Aquino mereció bien de la Iglesia al explicar y escribir su maravillosa *Summa Theologica*, no hizo menores servicios al trasladar en su filosofía á la ciencia cristiana las formas y principios del pagano Aristóteles. Si nuestro Alegre, gloria de la Compañía de Jesús y del puerto de Veracruz que lo vió nacer, llenó su misión de sacerdote dejando estampada su Teología, escrita en florido y dulcísimo estilo, no se mostró menos digno de su alto carácter al legarnos la *Iliada* de Homero, traducida admirablemente en hexámetros latinos. De igual manera BALBUENA, si como gran prelado se portó visitando la abrasada diócesis de Puerto Rico á la edad de más de cincuenta años; si cumplió con su deber de enseñar á las naciones, reuniendo á sus eclesiásticos en sínodo diocesano, ilustrando á sus colegas del Concilio provincial de Santo Domingo, dirigiendo continuamente á sus fieles elocuentes homilias, escribiendo el piadoso poema la *Cristiada* (que los holandeses quemaron en el asalto de la isla), no fué menos grande, ni menos piadoso, ni menos digno, po-

niendo al alcance de todos las bellezas de Virgilio y de Homero, de Teócrito y de Ovidio. No sólo quitó cuidadosamente los abrojos de las rosas espléndidas que nos ofrecía, como aconseja San Basilio, sino que siguió aún más escrupulosamente sus instrucciones. «¿No veis, dice el Padre tantas veces citado, no veis á las abejas cómo escogen el zumo de las flores de que han de formar su dulcísima miel? Ni á todas vuelan, ni en todas se paran, ni en todas igualmente se detienen. De unas beben más, de otras menos, y cuando han libado el jugo de que han menester para formar su panal, tornan sin tardanza á la colmena. Así es fuerza que hagamos nosotros, si tenemos juicio y aspiramos á la verdadera sabiduría, con los libros de los gentiles (1).» Y así lo hizo, señores, el Obispo de Puerto Rico. No se contentó con traducir, ni aun arrancando las espinas de inmoralidad de que están erizadas las rosas de los poetas que imitó en el *Siglo de Oro*. Tomó de cada flor de los antiguos bucólicos cuanto necesitaba tan sólo para formar un poema pastoril dulce, grato y moral; y si cantó los sencillos afectos de apasionados pastorcillos, procuró no apartarse de las huellas que Salomón nos trazara en su Cántico, y expresarlos con frases pulcras y que no hirieran á oídos delicados.

(1) S. Basilius, *De legendis libris Gentilium*.

En el *Bernardo*, como él mismo nos dice, «de tal manera se puso el blanco y último fin de esta obra en la moralidad y enseñanza de costumbres, que lo que en otra parece accidental y accesorio, puede confesarse en ésta por principal intento; y así en ninguna parte va tan oscura que no descubra y dé algunas centellas y resplandores de sí, mostrando bajo la dulzura del velo fabuloso la doctrina y avisos convenientes á la virtud» (1).

¿Para qué nos ha dado Dios el ingenio, las riquezas, el valor, el saber, sino para hacer resplandecer sus dones delante de los hombres? Si, pues, á BALBUENA le fué concedida la inspiración poética, digno de vituperio sería si, imitando al mal siervo del Evangelio, hubiera enterrado su talento. Triste cuenta habría rendido, en verdad, al Juez Supremo si, á semejanza de aquel desdichado, hubiera respondido: «*Domine, scio quia homo durus es, metis ubi non seminasti, et congregas ubi non sparsisti*» (2). He temido ¡oh Señor! que, al revolver los libros de los gentiles, algo de su estilo, de sus formas y de su excesiva libertad se infiltrase en mi mente, y esto fuera á aparecer en mis obras. He temido que, duro en extremo, juzgases los cuarenta mil versos de mi épico poema con

(1) Bernardo, *Alegoría* al fin del *Canto I*.

(2) Math., XXV, 24.

nimia severidad, y me condenases por uno que otro deslíz involuntario, por una que otra falta ligera debida á mi limitado entendimiento, y no á mi intención, siempre recta: así es, Señor, que no escribí cuanto pude y me inspiraste, y lo que salió de mi pluma fué por mi propia mano sepultado en el olvido.» ¡Oh! Si tal hubiera hecho el prelado-poeta, merecería la condenación del indigno siervo de la parábola. ¿Qué diríamos, señores, del piadoso Godofredo, ó del gran cardenal Cisneros, si se hubiesen abstenido de pelear contra el mahometano por temor de algún desmán de los soldados, ó de alguna injusticia que pudieran cometer ellos mismos en el calor de la batalla?..... Con igual severidad debería juzgarse al Obispo de Puerto Rico si por vanos temores hubiera sepultado bajo indigna ceniza el fuego poético que arrojó en su pecho el Dador de todo bien, y que lo mismo que el fuego de su divino amor, y que el fuego de la ciencia, desea que se encienda donde quiera: *Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur* (1)?

¡BERNARDO DE BALBUENA, honor á tí, honor á tu memoria! Tú glorificaste las letras españolas y diste lustre á nuestra Méjico, que te hizo nacer á la poesía; tú has honrado á la Iglesia mostrando que el genio resplandece en

(1) Luc., XII, 49.

el sacerdocio con doble brillo aún que en el estado seglar. Para trasladar al idioma castellano las bellezas de Virgilio, se necesitaron dos hombres de guerra del calibre nada menos que de GARCILASO y ERCILLA; tú solo bastaste para darnos á conocer las de Teócrito y Homero. ¡Gloria á ti mil veces! Mas si acaso en la inmensa multitud de tus versos hay alguno que empañe algún tanto el brillo de tu mitra, así como muchos obscurecen tu aureola literaria, quiera el Señor aceptar el sacrificio que por tu alma ofrecemos, y darte cuanto antes el premio debido á tus virtudes y á la actividad con que doblaste el talento que puso en tus manos.

En otra alma, consagrada á Él igualmente, hizo arder el Señor el fuego sacro de los poetas; en otras manos que había adornado con el místico anillo destinado á las vírgenes, puso Dios el plectro de oro y depositó la cítara y el harpa, no muchos años después de la muerte del gran BALBUENA. ¿Debía, por ventura, acallarse esa lira porque sus cuerdas vibraban dentro los muros de un monasterio? ¿Debía siempre ceñirse á modular en el mismo tono las alabanzas del Señor, sin jamás cantar los desengaños de la vida, cual Salomón, ni hazañas de guerreros, como Moisés?

Señores Académicos: me parece que ni amigos ni enemigos han hecho justicia al carácter

de nuestra poetisa SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ. Abramos sus libros y juzguémosla sin pasión por lo que en ellos dejó escrito, sin engolfarnos en aventuradas conjeturas ni románticas suposiciones.

¿La arrojó, en verdad, al claustro alguna pasión mal correspondida, algún temprano desengaño? No lo creo, señores, por más que todos sus biógrafos modernos la representen como inmolada en aras de un amor profano. Prescindiendo aun del llamamiento divino, encuentro su resolución de encerrarse en un monasterio tan natural, tan lógica, que en otro cualquier estado me habría parecido fuera de su elemento. Sabemos, á no dudar, que con precoz talento se dedicó á las letras desde su infancia, y que su pasión al estudio era tan grande que suspiraba por vestir el traje de varón y frecuentar así las universidades. ¿Podía satisfacer á una joven de tales prendas é inclinaciones la vida frívola del mundo, y, sobre todo, la ociosidad de la corte virreinal y el prosaico aunque honroso servicio de la Marquesa de Mancera? No es fácil, señores, á quien vive en república, formarse una idea del fastidio, del tedio, del hastío que engendra en una alma acostumbrada al estudio y ansiosa de adquirir la sabiduría, la esclavitud de una antecámara. Por grande que sea el soberano á quien se sirve, por halagüeño que se presente lo por

venir, por mucho que encanten el fasto y los honores, hay momentos en que suspira el cortesano por la soledad de los bosques, y envidia al estudioso monje su sayal y su celda.

¿Qué mucho que tal acaeciera á la dama de la Virreina? Esas horas perdidas en murmuraciones y vanos coloquios, en servir y lisonjear á su señora en banquetes y fiestas y saraos, ¡cuánto deben haber pesado en el ánimo de aquella que algunos años después escribía: «Desde que rayó la primera luz de la razón fué tan vehemente y poderosa mi inclinación á las letras, que ni ajenas reprehensiones ni propias reflexas han bastado á que deje de seguir ese natural impulso que Dios puso en mí! (1)» Ni tiempo, á la verdad, tenía de impresionarse una niña de diez y siete años, cuyo único amor eran los libros; tanto más, cuanto que la corte de los virreyes de Nueva España no era, ni podía ser, por razones que no se os ocultan, como la de Felipe IV ó Luis XIV. Buscando, pues, la soledad y la independenciam necesaria para el estudio, y el único estado de vida acomodado á sus inclinaciones, entró en el convento de las carmelitas de esta ciudad, á una edad temprana, sí, pero en que ya una mujer, de su precocidad sobre todo, comprende per-

(1) Sor Juana Inés de la Cruz. Respuesta á la *Carta Atenagórica* del Obispo de Puebla.

fectamente el peso de sus resoluciones. Si á vesttir el velo la hubiera impulsado un momentáneo despecho, un acceso de celos, un acto impremeditado de loco furor, habría, sin duda, vuelto al mundo cuando á los pocos meses su salud, quebrantada por las austeridades de las hijas de Santa Teresa, la obligó á dejar la severísima casa y regla de la reformadora de Ávila. Pero, en vez de eso, la vemos tan sólo trocar convento por convento, celda por celda, reja por reja, escogiendo, sí, un instituto menos severo y hallando el suspirado refugio en el monasterio de San Jerónimo.

Permitidme, señores, que aventure una observación. Al leer las composiciones poéticas de otros autores, juzgamos de ellas y de quien las ha escrito según el estado de nuestro ánimo, según nuestras propias pasiones, conforme á las virtudes ó vicios que nos adornan ó degradan. Presentad, por ejemplo, á una sencilla religiosa esa oda de la antigua Safo, que el tiempo no ha querido que perezca, y que respira fuego en cada una de sus sílabas, y no extrañéis que, en su candor, la juzgue obra de alguna de sus compañeras de vocación y la declare prueba inequívoca de tiernos afectos fraternales ó resultado de algún éxtasis de amor divino. Con igual prevención é inexactitud, aunque en sentido contrario, se me figura que han sido juzgados ciertos sonetos y canciones

de la monja-poetisa. Cantó las ausencias de un amigo, y de un amigo cual podía tenerlo quien vivía sujeta á la más estrecha vigilancia de propios y de extraños, de superiores y de émulos; y porque en su canto expresó inocentes afectos de amistad, ataviados con las galas de dición que en los clásicos había aprendido, y con una ternura que nada tenía de vedado, ¡hé aquí que se supone al corazón de la poetisa inflamado de amor terreno, que persevera y se enciende más y más á pesar de las rejas del claustro y de los votos irrevocables! Muere el esposo de una amiga de SOR JUANA, y ésta, identificándose con la desolada viuda, entona una tierna elegía. ¡Es ella, es ella, clama la injusta crítica; es la religiosa, que para cantar amores imposibles se cubre con ajenas tocas de soñada viudez! Admira en dos ó tres autores griegos y latinos la gracia con que pintan una cadena de amores no correspondidos; ve que revistiendo esos antiguos epigramas con el traje español, y adornándolos con unos cuantos *conceptos* al estilo de Góngora, resultarán hermosas piezas, y hace que broten de su pluma tres bellos, aunque cultos, sonetos, de que se ha apoderado la censura moderna. ¡Ved, dice, una prueba de que el corazón de la monja estaba atormentado por tenaz y mal correspondida pasión! ¡Ved una prueba del estado violento en que se hallaba la religiosa, atada por víncu-

los que anhelaba romper! ¡Claustro funesto que ahogó su genio; siglo bendito que rompió los hierros que aprisionan el talento!

¡Bendito mil veces el claustro, debiéramos clamar, en cuyo apacible recinto se formó el talento de SOR JUANA, sin cuyas rejas no habríamos podido escuchar los acordes de su lira, que habrían ahogado las faenas domésticas y la prosa de la vida conyugal! ¡Bendito el siglo XIX que, ya desengañado, vuelve á levantar en los países cultos los derribados monasterios, y restablece los hierros que custodian la libertad del ingenio, de la conciencia, del corazón! Para juzgar, señores, á la poetisa y á la monja, es menester haber tratado á fondo mujeres de talento superior y saber lo que es el interior de un monasterio. Difícil es que se reúnan ambos conocimientos, y hé aquí por qué las opiniones sobre SOR JUANA han resultado casi siempre tan contrarias á la verdad. ¡No, no la compadezcáis, amigos ó enemigos del catolicismo! Bien obró cortando ante el altar de Dios, y para siempre, el cabello que en su niñez cortaba periódicamente ante las aras del saber. ¿Qué habría sido de ella en poder de un esposo terreno? Bien hizo en escuchar la voz del Señor, que á sí propio la destinaba, y bien hizo en pulsar la lira que le concedió el Supremo Creador. Y no extrañéis que de cuando en cuando entonara cantos profanos. Un arco no

puede siempre estar tendido, según el antiguo y vulgar axioma: el marinero siente con frecuencia la necesidad de pasearse en tierra firme, y el montañés ha menester, de vez en cuando, de un viaje de mar. El incrédulo y el libertino prorrumpen á veces en cantos religiosos, y el que está entregado á la oración y á los estudios serios tiene necesidad de recrearse con algo de diverso género, para que descansa su entendimiento y cobre nuevas fuerzas para las espirituales batallas. No vituperéis, pues, á la esposa de Jesucristo por haber escrito una que otra comedia profana, alguna sátira, algunos himnos no por cierto sagrados. Prueba la intención pura que en todo la animaba, el heroísmo con que hizo pedazos su cítara á una leve indicación del Obispo de la Puebla. Á la manera que no há muchos años se sintió cansado nuestro Heredia, y dijo de sí mismo:

Sobrado tiempo con dorada lira
Canté de juventud las ilusiones;

y remontándose, aunque con errado vuelo, á regiones que antes no había recorrido, entonó á la religión una oda sonora: de igual suerte el ilustre prelado Santa Cruz, queriendo ver florecer otra Santa Teresa en suelo mejicano, escribía á la poetisa: «No es poco el tiempo que ha empleado Vmd. en estas ciencias curiosas; pase ya como el gran Boecio á las provecho-

sas..... Lástima es que un tan grande entendimiento de tal manera se abata á las rastreras noticias de la tierra, que no desee penetrar lo que pasa en el cielo.» ¿No os recuerda esta carta, señores, las que dirigía Jovellanos á Meléndez Valdés y al maestro González, excitándolos á elegir asuntos más elevados para sus versos y su prosa? Y, sin embargo, nadie ha acusado al magistrado español de haber cortado el vuelo á la musa del tierno *Batilo* ó del dulcísimo *Delio*, mientras que han llovido inyectivas sobre el Pastor ángelopolitano. ¡Oh injusticia humana! No son los buenos consejos de un santo prelado los que cortan las alas del entendimiento. ¿Sabéis quién sofoca de veras el ingenio, quién ahoga el talento, quién hace huir despavoridas á las musas? Esa crítica mordaz y calumniadora, que descubre malicia en las composiciones más inocentes, que declara liviandad la ternura, amor vedado la amistad, pasión desenfrenada los más santos afectos.

La calumnia y la envidia habían ya herido á SOR JUANA en lo más vivo cuando escribía al mismo Obispo de la Puebla: «Cerebro sabio en el mundo no basta que esté escarnecido; ha de estar también lastimado y maltratado: cabeza que es erario de sabiduría, no espere otra cosa que corona de espinas (1).» El Señor de

(1) Sor Juana Inés de la Cruz. Respuesta á la *Carta Atenagórica* del Obispo de Puebla.

esta suerte le allanó el camino al sacrificio, é hizo que con gusto prescindiera la cantora de sus más gratas ocupaciones para consagrarse tan sólo á la penitencia y la oración. No paró aquí el heroísmo de la insigne mujer. Supo hacer dulce la misma muerte, buscándola en las aras de la caridad, y bebiéndola de los labios infectados de sus hermanas, á quienes asistió con admirable abnegación en la peste que á ella también condujo al sepulcro. ¡Aún no contaba nueve lustros! Dios habrá premiado á la santa religiosa. ¡Haga el mundo justicia á la cristiana, á la monja, á la poetisa!

Fresco aún su cadáver, pronunciaba su elogio uno de nuestros más preclaros ingenios. Poeta, filósofo, matemático, historiador, anticuario y crítico, D. CARLOS DE SIGÜENZA Y GÓNGORA nació en Méjico á mediados del siglo XVII, y muerto en 1700, es el último de los que en esa centuria cultivaron las letras en nuestro suelo. Temo, señores, que mi discurso empiece á cansaros; y habiéndome detenido, aunque no tanto como el asunto requiere, en dibujaros las colosales figuras de ALARCÓN, BALBUENA y SOR JUANA, apenas haré pasar rápidamente, como sombras, las imágenes de los demás escritores que florecieron en Méjico durante la dominación española.

¡Y lo siento en verdad! Porque es grande la figura de ESLAVA; grandes las de ABAD y CLA-

VIGERO; grande la que ya antes bosquejé del padre ALEGRE, teólogo, poeta é historiador. Desearía consagrar algunas líneas al filósofo GUEVARA, de quien se envanecen justamente la Compañía de Jesús y mi ciudad natal. ¡Cuánto me agradaría recordar al padre PARRA en este mismo púlpito en que el docto jesuíta acostumbraba predicar esas pláticas y recitar esos ejemplos, que cuando niños nos deleitan y aterrizan, cuando grandes nos admiran é instruyen! Desearía siquiera tejer tu elogio, ¡oh gran BERISTAIN! con las propias hojas del árbol fecundo de tu erudición, recitando los nombres de los tres mil autores hispano-méjicanos cuya historia trazaste; pero ya es imposible, porque los tiempos modernos reclaman mi atención.

II

Vosotros mejor que yo, señores Académicos, sabéis que al emanciparse Méjico de la madre patria, no faltó quien quisiera romper todos los vínculos y renegar de todas las tradiciones que nos ligaban á nuestro pasado. Nadie, empero, pretendió jamás, ni podía pretender, trocar nuestro idioma español por alguno de los dialectos indígenas ó por otra lengua

extranjera. Se aspiró, sí, á modificarlo, á formar una literatura especial, á revestir nuestras letras con un traje de nueva forma y exclusivamente mejicano; pero estos esfuerzos sirvieron sólo para probar con los hechos la verdad del axioma asentado en ocasión semejante á la que hoy nos congrega, y delante de la Academia Española, por ilustre orador contemporáneo: *si el estilo es el hombre, la lengua es la nación.*

En efecto: parece que el idioma español, del uno y del otro lado del Atlántico se niega á expresar sonidos que no sean ortodoxos, y no puede plegarse á los ecos de la impiedad. Una que otra ligera tentativa que en este sentido se ha hecho en nuestro suelo, ha producido resultados tan tristes, ha sido para sus autores tan perniciosos, que ó ellos mismos cambiaron de rumbo, ó su memoria, como dice la Escritura, pereció al mismo tiempo que se perdieron en el aire los ecos de su lengua: *perit memoria eorum cum sonitu* (1). Aun no ha pasado la generación que los vió nacer y vegetar, y ya el olvido más completo ha sepultado sus funestos ensayos, al grado que, si quisiera hoy evocar su memoria, trabajo tendría para desenterrar sus nombres y sus escritos; y ellos mismos, al oírse llamar á juicio en este templo, huirían

(1) Psalm. ix, 7.

espantados y nos volverían las espaldas como la sombra de la culpable Dido al llamamiento del piadoso Eneas.

Por el contrario, al abrir los libros mejicanos que en ambos continentes son ahora leídos y admirados; que son vistos con aprecio aun por los adversarios de sus autores en religión ó en política, y con veneración por los que profesan los mismos principios; al recorrer sus páginas y compararlas con las del *Libro de la Vida* y con las producciones de los inmortales ingenios que en la Nueva y la Vieja España florecieron en los mejores siglos de nuestras letras, he encontrado tal pureza de doctrinas, tal solidez de juicio, tal moralidad de ideas, tal elegancia de dicción, que no he podido menos de repetir con el orador antes citado: *si el estilo es el hombre, la lengua es la nación.*

Sí: quien quiera immortalizarse escribiendo en el idioma de Cervantes, es fuerza que profese y que vierta las doctrinas de Teresa de Jesús y de Luis de León; de otra manera sepa que se condena á eterno olvido, y que las generaciones venideras no proferirán su obscuro nombre ni aun para maldecirlo. Sí: mientras hablemos el idioma español, mientras cultiveemos la lengua castellana, es imposible romper con las tradiciones y el pasado, y no hay peligro, por consiguiente, de que se pierdan en Méjico la religión ni la piedad. Pocos nom-

bres, señores, puedo y basta citar; pocos libros me permite abrir delante de vosotros vuestra paciencia ya demasiado probada; pero estos nombres y estos libros, caros por mil títulos á mí y á mi auditorio, demostrarán suficientemente la verdad de un aserto, que á uno que otro quizás habrá parecido atrevido.

No os estremezcáis, por vida vuestra, al oírme evocar antes que todos, la memoria ilustre del esclarecido D. LUCAS ALAMÁN. La tempestad que en torno suyo se agitó durante su vida no está todavía completamente calmada; pero ya no son tan altas las olas de la calumnia, ni tan recio el soplo del contrario viento de la indignación y el enojo, que impidan á un espíritu que se eleve sobre el nivel del vulgo, el juzgar desapasionadamente su célebre figura. Sobre todo, señores, no vamos á examinar al político, sino al cristiano y verídico historiador, al elegante escritor y al filósofo, que pudo engañarse en sus juicios, y que en realidad se engañó en no pocas de sus predicciones; que pudo errar, y erró en la narración de uno que otro suceso: pero que ni faltó voluntariamente á la verdad histórica, ni dejó de rectificar los hechos que se le señalaron como adulterados.

Permitidme que os presente el retrato que el gran historiador hizo de sí mismo, aplicándose las palabras del célebre orador inglés:

«La única recomendación que puedo hacer

de mis opiniones es la larga observación que me ha conducido á formarlas, y la mucha imparcialidad con que las he manifestado: ellas son las de un hombre que no ha servido de instrumento al poderoso, ni ha sido adulator del grande, y que en sus últimas acciones no desmentirá el tenor de toda su vida; en cuyo pecho ningún odio verdadero ó vehemente se ha encendido jamás, sino contra lo que ha considerado como tiranía; que aspira poco á honores, distinciones y emolumentos, y que no los espera en manera alguna; que no mira con desprecio la fama, pero que tampoco teme la maledicencia; que evita las disputas sin dejar por esto de aventurar sus opiniones; que quiere ser consecuente á sus principios, pero que quiere serlo variando los medios para asegurar el fin, y que, cuando el equilibrio del bajel en que navega corre riesgo por cargarse todo el peso á un costado, está dispuesto á llevar el pequeño lastre de sus razones al punto que convenga para conservar ese equilibrio (1).»

Los que lo conocisteis, señores, podéis dar testimonio de la fidelidad de la pintura. Recordad que, hallándose en la mitad de su cuarto lustro, lo sorprendió el primer grito de independencia, y corrió grave riesgo de ser inmo-

(1) Edmundo Burke, citado por Alamán en el tomo V de su *Historia de Méjico*.